

gado hasta lo sumo." A la fatal amenaza, el patriarca lleno de candor y de confianza en Dios, tantea aplacar su indignacion por la mediacion de los justos, y pregunta: "¿Si se hallan cincuenta justos en la ciudad, habrán de perecer? ¿Y no perdonarás á todo el pueblo por amor de los cincuenta justos si se hallaren en él?—Si yo hallo cincuenta justos en Sodoma, á causa de ellos yo la perdonaré." Y Abraham, humillándose á la presencia de Dios, y reconociéndose polvo y ceniza, adelanta sus preguntas:—Yo hablaré mas al Señor, toda vez que ya he empezado. Y si se hallaren cuarenta y cinco justos, ¿qué sucederá?—No destruiré la ciudad.—¿Y si hubiere cuarenta?—Detendré mi brazo.—¿Y treinta?—Me contendré.—¿Y veinte?—No perderé á Sodoma.—¿Y diez?—La perdonaré." Abraham guardó silencio, desapareció la vision, y él volvió á Mambré.

Por la tarde llegaron á Sodoma los tres viajeros, y pudieron convencerse por sí mismos que la iniquidad habia allí llegado hasta el colmo. Loth estaba sentado á las puertas de la ciudad, y al verlos se levantó, y salió á recibirlos, y los adoró, inclinándose hácia la tierra. Y dijo: Os ruego, señores, que vengais á la casa de vuestro siervo, y os hospedeis en ella: lavareis vuestros piés, y á la madrugada proseguireis vuestro viaje. Y respondieron, no; pues nos quedaremos á descansar en la plaza.

Loth no podia consentir en dejar aquellos nobles personajes en la plaza pública: les instó de nuevo, y obligóles al fin á que se encaminasen á su casa, y entrados en ella, les dispuso un banquete con la misma sencillez con que se lo habia ofrecido su tío Abraham; coció panes sin levadura y cenaron.

Los perversos moradores de aquel pueblo habian reparado en los tres gallardos mozos á quienes Loth acababa de dispensar su hospitalidad. Cercaron, pues, la casa donde se albergaban, exigiendo de Lot que se los entregase para saciar sus pasiones infames. El atribulado sobrino de Abraham rogó á la turba amotinada que se abstuviesen de tanta maldad. Mas ¿quién contiene á una muchedumbre ebria de maldad y de crímenes? Sona-

ron á los oídos de Loth las mas horribles imprecaciones y amenazas, forcejeando la puerta para arrancar con violencia brutal á los asilados extranjeros. Los huéspedes por su parte salieron á la defensa de Loth, y alargando la mano, le encerraron dentro de la casa. Entónces los celestes mensajeros hicieron uso de su poder y castigaron á la chusma inmunda con la ceguera del cuerpo, ya que tan tenebrosa tenían la del corazón. No pudieron, pues, los amotinados dar con la puerta, y Loth y sus huéspedes se vieron libres de sus brutales amenazas.

Dijeron éstos en seguida á Loth: ¿tienes aquí alguno de los tuyos, yerno, hijos ó hijas? Sácalos, pues, todos de esta ciudad porque el Señor nos ha enviado para arrasar este lugar nefando, contra cuyas maldades el clamor ha subido hasta el cielo.

Fué Loth á encontrar á los que habian de tomar á sus hijas por esposas, anunciándoles el riesgo terrible é inevitable en que se hallaban, y el golpe de exterminio que iba á descargar sobre aquel pueblo de iniquidad; pero ellos lo tomaron á chanza y no quisieron moverse. Al apuntar el alba, los ángeles daban prisa á Loth para que saliera con sus hijas, no fuera que quedase envuelto en la universal ruina; pero Loth no sabia acabar de resolverse á practicar lo mismo que habia procurado persuadir á sus futuros yernos. El ver que iban á perecer tantas riquezas, lo avanzado de sus años, el ser extranjero distante de su patria, todo le hacia mas duro el voluntario sacrificio que se le exijia. Pero la alternativa de perecer con todo ó sacrificarlo todo, era inevitable. Si el Señor le hubiese tratado segun su fé lánguida y vacilante, quizá hubiera perecido en medio de las llamas; pero lo libró de aquella ruina, atendiendo á la santidad y á los ruegos de su siervo Abraham: tuvo piedad de él, y no midió su misericordia por la cobardía y oscilacion de aquel hombre.

Al fin fué necesario que los extranjeros agarrasen de la mano al indeciso Loth, á su mujer y á sus hijas, pues el Señor queria salvarle. Y cuando estuvieron fuera de la ciudad, le dijeron: Salva tu vida: no mires hacia atrás, ni te pares en toda la re-

gion circunvecina: ponte á salvo en el monte, para que no pezeas con todos los demas habitantes de estas comarcas.

Fatigado Loth con el peso de sus años, lleno de angustia y de temor, suplicó á los celestes mensajeros que le permitiesen asilarse en una pequeña ciudad no muy distante de allí, en donde pudiese salvarse de la catástrofe. Y uno de los ángeles accedió á la súplica del atribulado anciano. Date prisa, le dijo, y sálvate allí, pues no podré cumplir la orden de Dios hasta que te halles refugiado en ella.

Al oriente meridional del mar muerto estaba la pequeña ciudad de Segor, llamada ántes Bala, y se le dió aquel nuevo nombre á causa de su pequeñez ó poca importancia. Debía perecer como sus cómplices; pero la presencia de Loth y de su familia la libró del terrible castigo. Al elevarse el sol sobre su horizonte, entraba ya Loth en Segor, y en aquel mismo momento una espantosa lluvia de fuego y de azufre cayó sobre las ciudades reprobadas. Rasgado el suelo por los sulcos del rayo, é inflamado el betun que se ocultaba en las entrañas de la tierra, conmovida y temblando, quedó todo inundado de torrentes de llama y devorado por el incendio. La mujer de Loth pagó con la vida su desobediencia á las palabras del ángel. Moviada sin duda por una viva curiosidad, volvió la cara hácia atrás para mirar el incendio, y quedó convertida en estatua de sal. Algunos expositores opinan que no era esta sal ordinaria sino piedra, dura como sale de los montes, ó bien que se convirtió en un cuerpo muerto, yerto y seco con aquella materia sulfúrea y nitrosa que la Escritura llama sal. Esta estatua se conservó por muchos años para público escarmiento de los mortales, y aun afirma Josefo que permanecia en su tiempo.

Al acordarse Abraham de las maldiciones fulminadas sobre Pentápolis, habia vuelto al mismo lugar en donde la víspera habia dejado á sus huéspedes; y desde allí vió levantarse de la tierra pavesas ardientes, así como la humareda de un horno; y vió abismarse Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y todos sus al-

rededores, quedando solo un monton de abrasados escombros. Desde aquel dia no ha vuelto la vida á aquellos lugares, en los cuales no puede hechar raices de modo alguno. Sobre el extenso valle, cubierto en otro tiempo por las oleadas de un pueblo, un gran lago que llamaban Asphatilde, extiende sus dormidas aguas, que ni aun se agitan ni mueven al rugido de la tempestad. Es fama que no le habitan los peces, y que las aves no vuelan jamás sobre su superficie. Sal diseminada sobre la orilla, mas allá arenas movedizas; algunas plantas de trecho en trecho que crecen lentamente y como á duras penas; el suelo desnudo de verdor, el aire sin ambiente de frescura, el valle mudo como un sepulero, todo presenta la imágen funeral de la muerte.

La tersa superficie de las aguas, reflejando el azul celeste en medio de la aridez y del silencio, puede recrear por un momento la vista, pero sin consolar el pensamiento ni disipar los recuerdos. Aquella agua inmóvil se parece á un paño funerario, echado sobre el esqueleto de aquellas ciudades ahogadas; y este desierto por el fúnebre aspecto que presenta, se parece á un culpado que hubiese muerto de espanto, miéntras que la justicia de Dios le señalaba con una marca incandecente.

Con todo, Loth no se halló seguro en su pequeña ciudad; y temeroso de aquella espantosa catástrofe, se retiró de Segor, y fué con sus dos hijas á refugiarse en un monte, quedándose los tres en una cueva.

La escena del exterminio de la nefanda Pentápolis es quizá la mas horrorosa que nos ofrecen los anales sagrados, no cediendo en espanto sino á la del diluvio, por razon de su universalidad. Ella viene á ser un pálido pero terrible preludio de la agonía del mundo en el último de los dias; cuando cumplida ya la medida de todas las iras del Señor, vendrá á juzgar á las generaciones culpables con la llama vengadora de su justísimo furor. Por este tan notable acontecimiento ha ejercitado los esfuerzos el génio, ora con los vivos y hábiles recursos del colorido, ora por medio de la fuerza creadora de la palabra y del canto. Uno

de los ingenios contemporáneos ha trazado un rápido y animado bosquejo de aquel día de horror y de aquella noche de exterminio. Lo que sigue es á un mismo tiempo extracto é imitación de una de sus *Orientales*.

El fuego del cielo. ¿Véisla pasar allá la nube ennegrecida, cargada con la cólera de Dios? Tan presto pálida como encendida, vuela en alas de nocturnos vientos por un horizonte oscuro, ruidosa y sangrienta como la ardiente humareda subiendo entre los clamores de una ciudad que se abrasa. ¿De dónde viene? ¿De los cielos, del mar, de los montes, ó de los abismos? ¿Es algún carro de fuego que conducen á un cercano planeta los espíritus infernales? No se sabe. Los rayos que se desprenden de aquel infierno flotante, dejan en los aires un rastro de terror y de ira como una larga sierpe desencadenada.

El cielo no descubre sino mar, y las ondas, corriendo tras las ondas, llenan un horizonte sin orilla. Fatígase en vano el ave pasajera, en vano apresura su vuelo: la nube van flotando por el mar inmenso de los aires, y agitándose confusamente, se ven impelidas por el raudito torbellino que impulsa las ondas: el cielo y la tierra confunden su azul ceniciento que amaga una gran tormenta. ¿Queréis, Señor, que deje enjutos los mares? dijo la nube de fuego. No, respondió una voz, y la nube siguió su vuelo, impelida por el soplo de Dios.

Un verdor de primavera se extendía sobre frescas y regaladas colinas, serpeadas por cristalinos arroyos como una beldad vestida de diamantes. Un pueblo sencillo y descuidado triscaba por los amenos vergeles; los jóvenes guerreros danzaban, y las jóvenes bellas como el placer, les tejían guirnaldas; la pesca tranquila y la bulliciosa caza hacían volar con alegría los días y las horas; la tierra presentaba al hombre los dones del cielo, la leche y el fruto; y la voz de los címbalos y de los cantares, y los relinchos de los caballos, respondían á los sordos mugidos del mar. ¿En donde pasaron ayer estos pueblos desconocidos? ¿La nube dudo-

sa se paró un momento en el espacio?—¿Es aquí?—Y dijo la voz:—¡Pasa!

Tendido sobre un rico manto de espigas descansa el Egipto en medio de sus riquísimas llanuras, y cuyo imperio se disputan las vastas y frias aguas del Norte y la ardiente arena del Sud, como dos mares encontrados, de cuyos embates se rie. Hieren la vista tres montes de un triple ángulo de mármol, levantados por la mano del hombre que amenazan á los cielos desde sus bases inundadas de ceniza. Naves de larga quilla entran en su vasto puerto, y una ciudad gigantesca, sentada sobre la orilla, baña en el agua sus pies de mármol. Oyese la voz del cocodrilo que zambulle en las hondas su escamoso cuerpo. Entre azules obeliscos se descubre el fondo amarillento del Nilo, como una piel de tigre, tachonado de pequeñas islas. El astro rey sepultábase en su ocaso, y el mar tranquilo reflejaba aquel globo de oro viviente, aquel mundo que es como el alma y la antorcha del nuestro. En el cielo rogió y entre las ondas encendidas veíanse venir uno tras otro dos soles, como dos reyes amigos. ¿En donde he de pararme? exclama la nube.—Busca mas, responde una voz de trueno que hizo retemblar el Thabor.

¡Desierto inmensurable, arena sobre arena, caos tétrico é inabogable de monstruos y de hirvientes remolinos! Cuando sopla la tempestad, altos montes de arena se deslizan y corren como si fueran oleadas. A veces ruidos profanos turban el silencio de esta soledad magnífica; cuando las caravanas de Ofir ó de Mambré ondulan sobre la abrazada tierra, y se deslizan como una jaspeada culebra. Dios solo sabe los límites y señala el centro de esos páramos profundos y cargados siempre de oscura niebla, que arrojan por espuma cenizas abrasadoras. ¿Se ha de convertir en lago este desierto? dijo la nube.—Mas allá, respondió la voz venida del fondo de los cielos.

Ved esta Babel desierta y sombría, que como un enorme escollo descuella sobre los montes; vasta y confusa amalgama de torres, prodigioso testimonio de la nada de los mortales, que á los rayos

de la luna cubre de léjos con su sombra cuatro montañas. Los vientos mujen cautivos bajo sus plantas que se abisman en la profundidad de la tierra. Poco hace que todo el género humano murmuraba alrededor de ese gigante de los siglos: Babel hubiera algún día sentado su espiral sobre el globo entero, y sus gradas debían subir hasta el Zenith. Como una pila inmensa de montes sobre montes, desaparecía ya á los ojos de los hombres su frente piramidal, los monstruosos boas y los verdes cocodrilos, deslízanse mas pequeños que insectos entre sus muros colosales, y sus hendidas torres: los elefantes pacen por las grietas de sus paredes, y enjambres de águilas rojas y de enormes buitres voltean día y noche en torno de sus pórticos abiertos, como abejas alrededor de una colmena inmensurable.—Destruirla, ¿he? dijo la airada nube.—Sigue tu marcha.—¡Señor! ¿á dónde me llevais?

Dormían cubiertas con los vapores de la noche dos ciudades desconocidas, con sus dioses, su pueblo, sus carros y sus murmullos. Eran dos hermanas acostadas muellemente en un valle como en un mismo lecho. Bosquejábanse sus torres como sombras en la llanura bañada por la luz de la luna, y en aquel confuso caos divisábanse acueductos y columnas de anchos capiteles, pensiles deliciosos, arcadas, vergeles, cuyas cascadas reflejan como una espuma de plata: templos do yacén mudos y sentados cien ídolos de jaspe, dioses de metal con testas de toro, elefantes, y mil mónstruos de formas desconocidas, fruto de cúpulas horribles. Elévanse con sus puntas, arcos y bóvedas hasta los cielos los edificios sombríos, como inmenso grupo velado por las tinieblas, en cuyas profundas revueltas se pierde el ojo y cobra miedo el corazón. Centellaba el vasto y tachonado horizonte como una cortina brillante, en cuyo centro se divisaba un punto oscuro.

¡Ay de vosotras, ciudades del infierno! ¡locas en vuestros deseos forzais la naturaleza con crímenes, y la haceis estremecer! En vosotras cada hora aborta monstruosos placeres, cada acción descubre algún inmundo misterio, y cual dos úlceras asquerosas manchais el mundo..... Todo duerme, sin embargo: algunas llamas

pálidas cruzan apénas por entre las sombras, como teas de la disolución; que nacen y mueren, últimos fuegos de festines, olvidados en las calles: vastos lienzos de muro blanqueados por la luna rompen las tinieblas, ó tiemblan reflejados en las aguas. Oyense tal vez confusamente por las llanuras ahogados ósculos ó mezclados alientos, y las dos ciudades hermanas, fatigadas de los fuegos del día, murmullan lánguidamente suspiros criminales. Todo lo había perfumado el viento, suspirando bajo el fresco cielo desde Sodoma á Gomorra. Pára la nube ennegrecida, y truena la voz desde lo alto.—¡Aquí!

Rompe la nube: y sus rasgados flancos se abren como un abismo de fuego, que se derrama en torrentes de azufre sobre los palacios y galerías, cuyas blancas balaustradas y erguidas cúpulas aparecen de color de sangre. ¡Gomorra! ¡Sodoma! ¡Un río de llama rodea vuestros muros! La nube de indignación ha descargado sobre vosotras, ¡oh razas perversas! ¡y por millares de bocas vomita sus rayos sobre vuestras solas cabezas! ¡Despierta azorado ese pueblo que en la víspera danzaba sin pensar en Dios! ¡los palacios tiemblan, vacilan; los carros, rodando, se chocan y se confunden; la multitud despavorida halla en cada calle un río de fuego! y la voz de cien truenos, que hace estremecer la tierra, anuncia la celeste venganza. Las soberbias torres, los altivos colosos de piedra, desplomándose, sepultan en las tinieblas moribundos sin número, dormidos ó vilmente enlazados, que se abisman debajo las hirvientes ruinas. ¿Cómo huir de la horrible llama? ¡Ay! ¡todo perece. Los rayos, lanzados como granizo, baten los puentes que reducen á polvo, hienden las altas techumbres, y ruedan, y caen, y rompen hasta el azulado pavimento: cada centella revienta y vomita arroyos encendidos de fuego irresistible, que corren mas rápidos que un caballo desbocado. El ídolo infame, vacilando en medio de la llama, tuerce sus brazos de bronce, y aun no bien derretido, se aplasta bajo el peso de la bóveda abrasada, que estalla y se hunde á pedazos: ágata, pórfido, alabastro, mármol, metales, aceites, perfumes, vestidos, el templo, todo se funde como cera, y

cada columna arde y arroja torbellinos de mil colores. En vano algunos magos despavoridos llevan las imágenes de sus dioses sacadas de sus aras; en vano su rey tiende la blanca túnica sobre el suelo que retiembla como la boca de un volcán: la onda de fuego, volando estrepitosa, envuelve al vasto recinto entre pliegues de llama: mas allá despedaza un palacio en donde grita un pueblo estrechado: dóblase la pared inmensa como la oja de un árbol, y se desploma y se derrite como el hielo. El pueblo, hombres, mujeres, corren..... las llamas circunvalan los muros en olas furiosas, verdes y azuladas como las escamas de la versátil culebra, y sitian las puertas derruidas de las dos ya muertas ciudades: do quiera las llamas ciegan los ojos, ya no se ven las víctimas, se respira fuego, y los pocos restos de la turba maldita y fulminada que presto van á arder, creen ver el infierno que se desploma de los cielos.

Entonces, á la manera que un viejo cautivo asoma sobre los muros de su cárcel para ver un suplicio, tal vez Babel, su cómplice fatal, vióse de lejos mirar la horrenda catástrofe por sobre las montañas del horizonte enrojado: oyóse un sordo ruido que llenó el mundo de pavor, y tan profundo, que llegó á turbar el silencio de las tenebrosas regiones de aquellos pueblos que viven debajo la tierra.

Los celestes mensajeros, habian apénas arrancado á Loth, á su mujer y á sus hijas de la ciudad nefanda, cuando llovió el fuego del Señor. ¡Los infames sodomitas anhelaban pecar con los extranjeros, que eran dos ángeles del cielo! ¡qué horror! Desde aquel momento apareció de lejos la nube fulminante, y los ciegos de Sodoma se entregaron al sueño. La humilde Segor temblaba, y fué salva por abrigar al protegido de Dios. Los celestes espíritus dirijieron el curso de la nube, y obedecieron á la voz terrible del Eterno que resonaba por los espacios. El fuego fué inexorable. Ni un solo de los condenados escapó de las llamas. Huyendo sin saber dónde, levantaban sus manos viles, y abrazándose destumbrados y pavorosos, se preguntaban qué Dios derramaba sobre ellos aquel volcán. En vano se abrigan bajo sus torres de

mármol, para salvarse contra aquel fuego viviente, que encendia con el soplo de su furor aquel Dios que alcanza al que le insulta. Clamaban á sus dioses, y el fuego del castigo heria tambien á esos dioses mudos, que se derretian sobre sus aras en arroyos de ardiente lava. ¡Todo desapareció bajo el negro torbellino, el hombre con la ciudad, la yerba con el sulco! ¡Dios abrasó estas nefandas llanuras! ¡Nada quedó en pié del pueblo aniquilado! Sopló aquella noche un viento desconocido, y mudó hasta la forma de las montañas. Abraham miró muy demañana hácia aquella region proscrita, y vió aún levantarse de la tierra pavesas ardientes como la roja humareda de un horno.

Hoy todavía el palmero que se esfuerza á crecer sobre la roca, siente marchitarse sus hojas y secarse su tallo al soplo de un aire abrasador y condensado. Estas ciudades fueron ya; Sodoma ha dejado su nombre al mas nefando de los crímenes, y cual fúnebre espejo de lo pasado, sobre sus quemados restos se extiende un lago de hielo que humea como una vasta hoguera.

Llegaron á su tiempo los dias pronunciados por el Señor, y aquel que renueva la juventud del águila, rejuveneció por fin la ancianidad de Sara, enviándole un hijo. El niño tomó el nombre de Isaac, segun las órdenes del cielo, y para recordar que su padre se habia llenado de júbilo á la promesa de una posteridad, sobre la cual ya desde mucho tiempo habia perdido la esperanza. Y haciendo Sara alusion á este nombre misterioso, dijo: «Dios me ha dado motivo de alegrarme, y cualquiera que lo oyere se regocijará conmigo.» Y en realidad todos los siglos cristianos han respetado en este niño, que vino á poner un término á las prolongadas angustias de Sara, la figura profética de aquel otro Isaac que, despues de cuarenta siglos de expectacion, apareció en medio de las naciones, sumidas en las sombras de la ignorancia, y lastimosamente estériles para la verdad y la virtud, haciendo brillar á sus ojos el Evangelio como un rayo de luz, y como una sonrisa celeste de amor y de caridad.

Ella alimentó por sí misma á Isaac, como hacen todas las ma-

dres, persuadidas de que el sufrimiento es un delicioso misterio, en el cual se fortifica la ternura; y que chupando la vida de tan cerca el corazón, los niños encuentran sin duda allí algo de mas generoso y de mas puro. A mas de que; tal era la costumbre de los siglos primitivos, porque tal es el orden de la naturaleza. La molicie y el refinamiento del egoismo introdujo posteriormente el uso de entregar, aun sin necesidad absoluta, á manos mercenarias, uno de los deberes y de los gozes mas dulces y sagrados de la maternidad, y comprar á precio de oro, no solo la pura sustancia que deposita la naturaleza en el pecho de la mujer, sino hasta las caricias, y aquella tierna y siempre desvelada solicitud que el autor de la vida inspiró en el corazón de una madre. El gran tono mira con cierto desden el cumplimiento de la mas dulce de las obligaciones; muchas madres parece que no tienen otro destino que echar á este suelo de miseria el fruto de sus entrañas, y entregarlo luego á una mujer extraña, robándose á sí mismas, por una cruel comodidad, el mas dulce placer de la naturaleza; mas indiferentes con sus hijos que aquellas pobres salvajes que, no destituidas de los sentimientos naturales, llevan por el áspero desierto al infante de su seno, y le alimentan de su propia sustancia, hasta hallarse en estado de sustentarse por sí mismo. Las hembras mismas de los animales no conocen esta costumbre, y no faltan en esta parte, aun á costa de su vida, al deber que les impone la naturaleza.

Llegado el tiempo de destetar á Isaac, celebróse en Mambré un gran convite, pues en otros tiempos no se celebraba el nacimiento de un hombre hasta que habia escapado de los primeros peligros de la existencia, y podia ya tomar alimentos sólidos, y presentarse como un convidado en el festin que le daba la familia. Ni es de extrañar el que se prolongase hasta cinco años el tiempo de la lactancia, pues siendo entónces los hombres mas robustos y de mas larga vida, les correspondia á proporcion una infancia mas prolongada. Por esta misma razon Sara, á la edad de noventa años, conservaba aun gracia y hermosura, lo cual dió lugar á que Abimelech se prendase de ella, como habia hecho ya ántes Faraon. La vida

del hombre camina ahora con mayor rapidez que en los felices tiempos patriarcales, que se acercaban á la cuna del mundo. Las pasiones, nacidas de la corrupcion de las costumbres, han precipitado notablemente la vida, acortando todas las edades del hombre. Y aun entre nosotros se advierten algunas diferencias nacidas de la diversidad del clima ó de las costumbres. En los paises abrasados por un sol ardiente, la naturaleza desarrolla mas rápida, las pasiones bullen con mas vehemencia y consumen la vida. En la calma y sosiego de los campos; cuando el clima no está maleado por otras siniestras influencias, se observan comunmente mas ejemplos de longevidad, que en medio de estos centros de tumulto y de corrupcion que se llaman ciudades, en donde los hombres agitados precipitan la vida como un torbellino, que arrastra con mas velocidad á la tumba á una muchedumbre cargada de vicios y hambrienta siempre de nuevos placeres.

Ismael, hijo de Agar, tenia cerca de catorce años mas que Isaac, y abusaba para con él de la superioridad de sus años y de sus fuerzas. ¡Cuánto no sufriria el corazón de Sara por estos malos tratamientos! Temiendo por Isaac las consecuencias de aquellas nacientes antipatías, consiguó que fuesen despedidos Agar é Ismael. El patriarca caldeo tuvo que hacer este sacrificio á la paz de la familia, movido por las justas quejas de su esposa Sara. Ismael era tambien hijo de Abraham: se habia criado en su casa y alimentado en su misma mesa, y no dejaria de costar al corazón sensible del esposo y del padre, el tratar con tanta dureza á su hijo, y á Agar su segunda mujer. Mas las órdenes del cielo eran terminantes. Dios prescribió á Abraham este acto que pudiera parecer de crueldad, si no encerrase un gran misterio. Agar es, segun los sagrados intérpretes, una imájen viva del pueblo judío, desterrado de la casa de Dios con una severidad inexorable, y condenado á morir de hambre y de sed, por haberse resistido á recibir al que es el pan de vida y la fuente de agua inmortal. Arrojado este pueblo de la Judea y de la herencia de sus padres, sin templo, sin sacerdocio, sin sacrificio y sin reino, anda errante por

la tierra sin conocer al que es la vida y el camino; y renunciando á su ley, ha perdido la luz, la sabiduría y la esperanza.

Abraham, por su parte, encontró oportunidad de consolidar su poder en la Palestina, haciendo alianza con un príncipe del contorno, llamado Abimelech, el mismo quizá que le dió hospitalidad en Gerara. Abimelech, vino á solicitar la amistad del patriarca, y le habló en estos términos: «Dios está contigo en todo lo que haces: júrame, pues, en nombre de Dios, que no me harás daño, ni á mí, ni á mis hijos, ni á mis descendientes, sino que la merced misma que yo usé contigo, la usarás tú conmigo y con el país que habitas como extranjero.» Abraham consintió en esta demanda, pero despues de haber dado sus quejas por las violencias ejercidas contra los suyos por la gente de Abimelech: tratábase de un pozo, del cual se le habia despojado injustamente." Y este despojo era de la mayor consideracion en un país en donde habia tanta escasez de agua, y que para conseguirla era preciso hacer pozos muy profundos. Aquella region, además, abundaba de ganados, pero los rios y la lluvia eran muy raros. Protestó Abimelech que él nunca habia oido hablar de tal injusticia, y así no fué difícil el terminar aquella diferencia. Prometiósese por una parte y por otra fiel y recíproca amistad, que fué sellada, segun las antiguas costumbres, con la sangre de los animales degollados. Los contratantes pasaron por entre las carnes de las víctimas, cuyos pedazos se habian distribuido á derecha é izquierda. Consintió Abimelech en aceptar de su aliado siete tiernas ovejas, como un precio para la definitiva adquisicion de la propiedad en litigio. Estas simples formalidades bastaban entónces para garantir á todos el goce de sus derechos, y asegurar sobre la tierra el reinado de la justicia. Cuando Abraham entregó á Abimelech las siete ovejas que habia escogido de su rebaño, preguntóle éste: «¿Qué significan estas siete corderas que has hecho poner aparte?» Y le contestó Abraham: «Estas tú las tomarás de mi mano, para que me sean en testimonio de que yo cavé este pozo.» Era la costumbre mas admitida en aquellos tiempos, de pagar el precio de los campos ó

posesiones que compraban, en piezas de ganados, ó de plata; porque no podia abundar la moneda acuñada, de la cual los progresos del comercio humano han hecho despues una poderosa palanca de la fuerza de las naciones. Los hombres tenian por código el sentimiento de la equidad, apoyado en la creencia religiosa; y su memoria, auxiliada por algunos monumentos, era la fiel tabla de metal en donde se grababa la ley. Así es que el lugar en donde se concluyó esta alianza tomó el nombre de Bersabé, es decir, *pozo del juramento*. Allí mismo se edificó despues una ciudad, que fué primero de la tribu de Judá, y despues de la de Simeon, y era el término de la tierra santa por el Mediodía, así como Dan lo era del Norte. Y levantóse Abimelech y Phicol, príncipe de su ejército, y se volvieron á la tierra de los palestinos.

En aquel mismo lugar plantó Abraham un bosque, y erigió un altar al Señor; pues entónces no habia mas que un templo que tenia por bóveda el firmamento, el sol por antorcha, y por altar las cimas de los montes; templo que el mismo Dios se habia edificado con su propia mano. Mas tarde fué cuando se elevaron numerosos edificios en honor de la Divinidad, bien fuese á consecuencia de un precepto divino y positivo, bien fuese por esta natural necesidad del génio del hombre que fija su pensamiento en las formas del arte, y que por medio de las líneas y de las masas grandiosas de la arquitectura, dá la expresion mas imponente á sus sentimientos religiosos. Los grandes monumentos de la arquitectura son los caracteres magníficos en que se halla escrita la historia de los pueblos. Los mas antiguos y considerables de ellos, ó son sepulcros ó son templos, porque el hombre condenado á perecer sobre la tierra, y falto de la clara idea de Dios, poder infinito y bien infinito, miró tambien á la muerte como á una de sus divinidades.

Toda vida está sujeta á sus pruebas, y nuestras mas caras afecciones se trasforman amenudo en nuestros mas amargos pesares; pero como en todos los acontecimientos humanos preside la admirable economía del orden providencial, toda prueba tiene su objeto, y el sufrir es un elemento de gloria. El hijo único y tan amado